

MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA  
DIRECCION DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS



EXPOSICION

# RAPA NUI

PRESENCIA EN EL OCEANO  
Y EL TIEMPO

EN EL AÑO DEL CENTENARIO  
DE SU INCORPORACION  
AL TERRITORIO NACIONAL

En la soledad inmensa del mayor océano del planeta, distante de toda otra tierra, una isla volcánica se alza sobre las olas en un triángulo de fuego. La lava surge bajo el agua, se enfría con rapidez mientras la fuerza interior eleva los conos llameantes algunos centenares de metros sobre el nivel del mar. Las laderas se cubren de lava y rocas incandescentes cubren la superficie. . . Así, en la gestación y formación de las tierras emergidas, surgió la isla más aislada, más distante y más solitaria. Te pito-te henua, ubicada precisamente en el oculto ombligo del mundo. En algún instante, siguiendo el viento, pero también el instinto certero y la visión inspirada de una raza navegante, a través de dos mil millas de mar y de distancias, llegó un pueblo a colonizar esa isla. Como siempre el misterio se enraiza detrás del tiempo. Y desde el fondo de ese misterio surge una cultura única, diferente en sus expresiones, imposible de compendiar entre las forjadas en los diferentes continentes por otros pueblos. Es el misterio de esta cultura oceánica.

No es fácil navegar cuatro mil kilómetros, escogiendo el impulso del viento, con rumbos imprecisos y hacia lo desconocido. Más difícil, aún, es hacerlo conduciendo a las familias, que son la base originaria de un pueblo, buscando en los horizontes el punto oscuro que deberán transformar en su propia tierra prometida. E infinitamente más difícil, resulta arribar al único punto posible de habitar en diez millones de kilómetros cuadrados de océano. Cada día, a proa, con la claridad del alba, surge un horizonte nuevo, que va desdibujándose luego en la oscuridad de la noche siguiente. Uno a otro, los horizontes se suceden o se repiten, incansablemente. ¿Fueron cien, o dos o tres o cuatro veces cien, los diferentes horizontes de cielos despejados, de albas nubes blancas hinchadas, o de muros cerrados con tormentas, los que se alzaron frente a las naves de Hotu Matu-A?

El hecho es que un día, siguiendo el rumbo marcado por la más brillante nube blanca, encuentran esta tierra desconocida elevando sus volcanes truncados sobre la redonda línea del horizonte marino. Este hecho, por sí solo, expresión del instinto forjado en el alma polinésica, marca la única cultura naturalmente oceánica de todos los tiempos y del mundo entero.

Otra significación, inigualada de esa cultura, es su capacidad y sabiduría para hacer habitables y hacer productivas a las islas desérticas, pequeñas extensiones de rocas volcánicas y de arenas. En sus embarcaciones llevan la vida y las semillas de los árboles y frutos básicos para la subsistencia. Todo el ancho y oceánico mundo polinésico, desde las Carolinas del norte a Hawaii o desde Nueva Zelanda y Fidji a Isla de Pascua, revela —aún— la raíz fundamental de esta cultura. Pero Rapa Nui es un fenómeno único.

En la isla más isla del mundo, la más distante y la más aislada en el tiempo y en el espacio, se forja una cultura sorprendente. Pocas, en el mundo, más adecuada que ella a su ambiente planetario. Ninguna, que supiera utilizar mejor los elementos existentes —roca volcánica, piedra roja, vidrio volcánico, maderas y fibras del hau— para crear una expresión artística y arquitectónica de su cultura tan monumental, y para levantarla a lo largo de toda la isla. Pero, donde su cultura supera con creces todas las experiencias conocidas, es en la comprensión del aislamiento en un espacio reducido y el orden creado para superar en lo posible los riesgos que genera.

El culto a los antepasados, se centraba en el homenaje a aquellos que encarnaban a su familia. Ese "Ariki", que expresaba el linaje, era honrado con la construcción de un moai. Del moai emanaba el espíritu del Ariki que bendecía a su descendencia y la preservaba.

Al mismo tiempo, este culto fortalecía la conciencia del linaje y permitió, probablemente, superar con éxito el problema del entrecruzamiento consanguíneo muy repetido, precisamente, el mayor riesgo en una isla pequeña y definitivamente aislada.

Por otra parte, mientras la sociedad estuvo sometida a un orden coherente, los trabajos en la construcción de mohais y su traslado —caminando— hacia sus emplazamientos y la construcción de los ahus, permitían que en la isla su población estuviese activa, laboriosa, y sostenida por su sistema de valores. En un instante se destruyó. Vino la confusión de sus valores, el término del trabajo de los mohais y la revolución y guerras sociales intestinas.

Perdido el sentido superior de su orden y su jerarquización, su vida social careció de valores y de fundamentos. Sólo quedó la soledad.

Lejos de las corrientes marinas dominantes, la isla solitaria permaneció oculta, en su distancia, a lo largo de los siglos.

Cuando Hernando de Magallanes, en 1520, puso proa hacia el poniente desde el estrecho austral de Chile, los vientos y las corrientes dominantes en el Pacífico sur llevaron las naves hacia el norte, hacia el cinturón central del océano, para desde allí impulsarlas hacia el oeste, hacia los espacios vecinos de Asia.

Durante dos siglos, los navegantes hispánicos fueron desgranando el rosario de las islas oceánicas, mientras aprendían los secretos de las corrientes marinas y sufrían las veleidades del viento oceánico. Más de un millar de islas surgieron en los horizontes de sus barcos; y en todas ellas se posaron sus pies, se escucharon sus voces y se alzó una cruz, mientras se registraba algún nombre y se intentaba medir sus coordenadas.

Pero el centro sur del océano permanecía en silencio, oculto a la vista de los audaces navegantes en su búsqueda infinita, preservando su secreto inviolado.

A fines del siglo XVII, un navegante inglés que descendía desde las Galápagos en procura del Estrecho de Magallanes, para huir de este gran lago español y ganar a través del Atlántico familiar la seguridad de sus puertos patrios, desviado hacia el oeste por los vientos, creyó avistar una isla lejana y arenosa y, tras ella, una tierra elevada y montañosa a unas 500 leguas al oeste de Copiapó o Copayapo, en la costa de Chile, en la latitud 27° S.

4

*La publicación de las narraciones de este descubrimiento, coincidente con observaciones similares de Alvaro Mendaña, un siglo antes, indujeron a diversos navegantes a surcar esas latitudes, inútilmente, porque nada había en esa distancia.*

*Sólo en 1722, dos siglos más tarde de que Magallanes y Elcano cruzaran el Pacífico, Jacob Roggeven, holandés, el domingo de Pascua de Resurrección, navegando hacia el oeste por esa latitud, descubre Rapa Nui, pero a 2.700 millas de la costa de Chile. Sorprendido por sus monumentos, pero sin valorarla, la recorre fugazmente y sigue su viaje.*

*En 1770, don Felipe González de Haedo, encargado por el virrey Amat de redescubrir la isla avistada por Davis, comprueba que no existe en esas latitudes otra que no sea ésta, que él llama de San Carlos y de la que toma posesión para la corona de España, acta que suscriben tres arikis isleños. Durante cinco días la reconocen, levantan planos, miden profundidades, anotan la población, recogen su lenguaje y alzan tres cruces en sendas elevaciones como signo de dominio real. Luego, zarpan hacia Juan Fernández y Chiloé, para unir esta isla a Chile, como puntos estratégicos del Pacífico sur. Y desde Chiloé vuelven a la isla de San Carlos, para regresar a Juan Fernández y, luego, al Callao.*

*En 1782, el abate Molina, en su obra monumental, publicada en Bolonia, sobre la flora y fauna de Chile, describe a Isla de Pascua como una de las Islas de este país.*

*En el mismo siglo XVIII, Cook y La Perouse provocan interés y curiosidad por la enigmática cultura de esta isla de las costas chilenas.*

*Por desgracia, Chile no comprende sino en 1888 la importancia de Isla de Pascua para el interés nacional, ni el interés de los propios isleños por incorporarse definitivamente a nuestra nación. Cuando lo hace, finalmente, gracias a los esfuerzos, visión e iniciativa del capitán don Policarpo Toro, la destrucción ya se ha consumado. Barcos de las más diversas banderas —incluso verdaderos piratas— han atacado, asesinado o secuestrado a los isleños y saqueado su patrimonio cultural. Sólo restan algo más de un centenar de ellos, muchos enfermos incurables, perdida su cultura y sus esperanzas.*

*La tragedia sufrida por los isleños en el siglo XIX, que los llevó cerca de su extinción, termina con la incorporación de la isla a Chile. Desde entonces, se ha venido experimentando un sostenido progreso. Muy lento durante decenios y muy marcado en los últimos años, ha tenido el mérito de no aplastar la cultura pascuense, ni sus expresiones nativas, y conservan, así, su encanto, cordialidad, musicalidad y apego a sus tradiciones. Asimismo, se ha venido produciendo una constante preocupación por investigar y preservar su patrimonio cultural, que es, sin duda, patrimonio cultural único e irrepetible en la humanidad.*

*En estos años últimos, se han dado pasos muy importantes tanto en las investigaciones arqueológicas y antropológicas, como en la restauración y consolidación de mohais y petroglifos, o en la presentación museográfica de ese patrimonio en el Museo Antropológico Sebastián Englert, en la isla misma, en el Museo de Historia Natural y en el Museo de Arqueología e Historia Natural "Francisco Fonck" de Viña del Mar.*

*El Consejo de Monumentos Nacionales —Isla de Pascua es un monumento nacional— y la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, tienen clara conciencia de sus responsabilidades y deberes en estas tareas trascendentales. Asimismo, lo tiene la Corporación Nacional Forestal, como responsable del Parque Nacional Isla de Pascua.*

*El Museo Nacional de Historia Natural conserva una muy valiosa colección de objetos de la cultura de Isla de Pascua, algunos de los cuales son piezas únicas en el mundo. Otros los conserva el Museo de Historia Natural de Valparaíso y Museo de Historia Natural de Concepción.*

*La valoración de estas colecciones y la necesidad de dar al público una visión más amplia de tan significativa cultura oceánica, ha motivado esta exposición de Isla de Pascua.*

*Esperamos que en ella todo el público, en especial los niños chilenos, puedan encontrar la fuerza emotiva y espiritual que surge al adentrarse en el ámbito de misterio, de leyenda y de distancia, detenido en el tiempo, que nos produce siempre esta prodigiosa isla.*

*En el centro del Pacífico sur, Isla de Pascua es hoy el vértice oceánico de Chile y da forma y dimensión al mar y al territorio marítimo chileno. Es, con su vigor cultural renaciente y su adecuado desarrollo, la avanzada del destino oceánico de Chile.*

MARIO ARNELLO ROMO

Director de Bibliotecas,  
Archivos y Museos